

1. LA FLECHA BIFAZ

I

Los astures del valle de Carreño comenzaron temprano a faenar, protegidos del intenso frío con prendas de abrigo. Más crudo que otros años, el final del otoño discurría con tormentas frecuentes de lluvias y nieve.

Aquel día de diciembre amaneció sin estrellas, plomizo y ventoso. El cierzo revolvía los nubarrones y jaspeaba el cielo con tonalidades grises y regueros de azul. El calor del sol, tibio y discontinuo, apenas templaba el tiempo y derretía con desgana los cristales de hielo.

La gruesa capa de escarcha impedía apacentar el ganado y algunos nativos se ocuparon en limpiar los establos y pocilgas, amontonaron la hierba de cama y el cucho que usarían de abono y combustible, repartieron el forraje y los piensos con escanda y hayuco por los pesebres y los comederos de los cerdos y aves domésticas, cataron la leche de las ubres de las vacas y cabras, y cogieron los huevos del gallinero. En la tenada liaron haces de narvaso para alimentar al vacuno con follaje del maíz, el novedoso plantío que traían los porteadores de las caravanas y cosechado en aquellas latitudes por primera vez, y reservaron para el semillero, en canastos con asidero, lotes del grano grueso y amarillento de las mazorcas.

A lomos de caballos asturcones, sus resistentes ponis de mediana alzada y suave doma, un grupo fue al pedreo al marisqueo de crustáceos (cangrejos, centollos, piañas) y moluscos de una valva (bígaros,

xibies y llámpares, en estas valiéndose de los “picos asturienses”), de dos, como navajas, almejas y berberechos, o pulpos, usando gaxartes; y salieron a pescar en sus barcos construidos con pieles, de nombres El Covanín, Abondo Ceo, El Conexal, Patarroxa, La Toliña y Baxo del Castañar, usando aparejos de red, macizo, arpones y trueles, o de anzuelo, con quisquillas, xorra y otros cebos.

Los cazadores de una partida cinegética batieron la cima del que milenios después se llamaría Monte Areo o Monte de San Pablo, tomaron las perdices y conejos apresados en las trampas de malla y en los cepos, y con los ladridos y el hostigamiento de los lebreles, los gritos, los silbidos y los tamboriles (ahuyentando a los tejones, martas, ardillas y pequeños roedores, a los zorros y a la pajarería) acorralaron a una manada de ciervos berreadores, los dirigieron por la planicie al soto umbrío de pinares, hayedos y castañares, forzaron a dos a despeñarse por un barranco, y lazados por las patas, los llevaron a hombros colgando de fuertes palos.

Parte de la comunidad se congregó al mediodía a desplumar los volátiles y a despellejar y trocear los pequeños mamíferos y las reses cobradas, para aprovechar sus partes blandas como comida y las grasientas para hacer velas, mechas y jabón o para impregnar las teas; las pieles para hacer mantas, vestimenta, manoplas, calzado, medias calzas y escudos, y como aislamiento térmico de la techumbre o adosadas al interior de las paredes de los habitáculos; las cornamentas y los huesos como útiles y objetos de arte mobiliario; y las plumas como adornos. Otros destriparon los peces, salaron algunos y porciones de carne para conservarlos, o los curaron al aire en tendaderos. A su momento, en el albergue colectivo hicieron la comida en peroles sobre lumbres o a la parrilla, en pedruscos planos y regodones incandescentes al rojo blanco.

Comenzada la tarde el jefe del asentamiento salió de la cabaña en que ondeaba el pendón genuino. Gobernante sesudo y arrojado, de cuerpo trabado y mirada tajante, asía el bastón de mando con empuñadura de hueso tallada como un pico de aguilucho, se cubría con un vistoso manto de guirnalda, lucía un tocado de nutria con plumaje de

raitán, y al cuello un collar de dientes de jineta y colgantes de pepitas de oro bateadas en el río de Navelgas, y enjoyaban sus brazaletes de cordobán repujado dijes de azabache pulido y ribetes multicolores distintivos de su rango.

Seguido por gran parte de la tribu se dirigieron a la zona Los Llanos del monte sagrado. Las féminas se arropaban con túnicas guarnecidas con galón y acicaladas con pulseras y pendientes, y los hombres con sayas ceñidas y petos también con atavíos; unas y otros sujetaban sus largos cabellos con cintillos estampados de flores, muchos portaban sus lanzas y adargas y dos de ellos enarbolaban los astiles y tremolaban sus estandartes.

Respetuosos y circunspectos inhumaron solemnemente el cadáver de Senén Aguirre en el túmulo de suelo ácido, junto el megalito principal, un espléndido monumento fúnebre de bloques rectangulares de piedra hincados profundamente en lechos cavados en la tierra, afianzados con calzas pétreas y estacones, y cubiertos con una enorme lastra marmórea, aplanada y apenas labrada, de casi una tonelada de peso. La extracción de aquellas moles de la cantera la Peña El Carru, su traslado por arrastre sobre rodillos de troncos gruesos y la disposición en el conjunto arquitectónico supusieron un esfuerzo exhaustivo de los miembros más fornidos del castro estable que constituían, exaltó sentimientos esenciales, consolidó sus lazos sociales y su patrimonialidad territorial sobre aquellas sierras, y reforzó sus sentimientos étnicos.

Para la celebración funeraria rociaron el cadáver del delineante de ENSIDESA con agua lustral, lo maquillaron y pintaron con almagre supuestamente vivificador, lo colocaron en la fosa contra el costado izquierdo y con las rodillas plegadas, como si durmiera, le dejaron al lado su arco y las flechas, hachas y cuchillos de sílex, y junto a los brazos bayas, copos de avena y un pernil de corzo para que se nutriera su espíritu allí adonde se dirigiera. Antes de cerrar el vestíbulo con una gran laja, Erika adornó al que fuera su compañero con los abalorios de su ajuar, briznas de arándano y pétalos coloridos, lo perfumó con esencia de sándalo y espliego, le puso su casco de

cornadura con penacho de plumas verdes de urogallo macho, y con brea le adhirió a la frente el diamante que extrajo de una potera sin los ganchos punzantes.

Con semblante severo el jefe recabó del hechicero que incensara los restos mortales y cumpliera con la mezclanza de sus exordios y encomiendas. Al término de la cabrioleante liturgia del taumaturgo glosó con poética rima el linaje y la pujanza cultural de su tribu, y agradeció a los dioses protectores, sin figura humana, y a los antepasados, su guía espiritual y la elección de aquel bellísimo y ubérrimo enclave.

«Fuimos un pueblo trashumante y errabundo de pastores y cazadores, hoy somos granjeros, agricultores y ganaderos en este emplazamiento espacioso que estamos canalizando y fortificando. Y somos ante todo gentes de nobleza y bravura, en las que nuestras mujeres, igual de diestras y pugnantes en los torneos y el batallar, no van a la zaga». Lo interrumpieron las ovaciones y el clamor de la concurrencia.

Continuó con su alegato: «El trabajo gravoso y la lucha por la existencia endurecieron a nuestra raza, pero aunque el paso de los siglos nos trajo un grado de comodidad y nos enriqueció espiritual y materialmente, no encalleció nuestros corazones. Hay quien nos tilda de rudos, feroces y belicosos, pero recibimos a los foriatos de buena voluntad con generosidad y mantenemos relaciones hospitalarias con los amigos, sean vecinos como los vincianos, los cilurnigos, los luggones, los penios, los saclinos y otros pueblos astures, cántabros, leoneses y galaicos, o sean extranjeros».

«Nos regimos por derecho consuetudinario, sin tiberios internos, y vivimos en este lugar feraz que, con el quehacer organizado, pacífico y constante nos da cuanto necesitamos. Estamos amenazados por saboteadores y enemigos de gran agresividad que quieren robarnos, invadirnos, aniquilarnos o esclavizarnos y conquistar estos predios privilegiados que son nuestro hogar, lo que nos obligó a empalizarlos, ahora a amurallarlos, a rodearlos de fosos para que nuestra defensa sea inexpugnable, y a permanecer como una guarnición sobre las armas. Para sobrevivir hemos de mantenernos en armonía, sin escisiones ni cismas, y afanarnos por la seguridad, el bienestar y

el porvenir de nuestros hijos. Recordemos siempre nuestra regla de oro: que lo personal es efímero, y que lo colectivo, el pueblo que formamos, su cultura y su proyecto histórico, deben ser duraderos. Si no intentan avasallarnos, y sin pecar en demasía de confiados, nuestra mejor armadura debe ser la palabra serena, y la prudente discrepancia la única contienda». La multitud, enardecida, lo aclamó con vítores. Afinando en «do brillante» dos gaiteros tocaron Asturias Patria Querida, los presentes se animaron con la patriótica canción y al término lo celebraron con salvas de aplausos y los ¡Puxa Asturias! de rigor.

Ya oscurecido bajaron a la explanada del poblado y se dieron a la pitanza alrededor y al calor de fogueras y hachones flameantes. De entrada, sabrosas sardinas permutadas por viandas a les mujeres de la paxa Elena Zubaría y Nieves La Guapa, a la plancha, trechadas o a la vixigona; a seguido, asados de cévido a la miel, de ternera de los valles y de carnero regados con vino y caldos fermentados de manzana prensada, y acompañados con ensalada de lechuga; y de sobremesa «candasinos», los deliciosos pasteles elaborados con su receta tradicional, cuya fórmula se trasmite de generación en generación y conocen muy pocos, momentos que aprovecharon los abuelos para pasmar a los más bisoños con historietas de Las Bruxas, El Trasgu, El Busgosu, El Cuélebre, La Güestia o Las Xanas de su mitología. Terminado el festín, cantaron a capela al son de las gaitas, las flautas, las trompetas y los timbales, bailaron la danza prima y recalentaron los cuerpos bebiendo cerveza y absenta sin llegar a la embriaguez, prevenidos en todo momento contra los posibles agresores.

Escoltados por chiquillos bullangueros, arqueros con pinturas de paz en el rostro lanzaron a las alturas dardos encendidos de yesca y estopa embreadas, clareando el cielo brumoso como fuegos de artificio que al cabo desaparecían.

Poco a poco la muchedumbre se fue recogiendo a descansar. Los vigías se turnaron en los pequeños blocaos montando la guardia, o velando el aprisco en que resguardaban las bestias de la intemperie y los cuatrerros.